

Entre Devoción y Arte: una experiencia renovada en el Museo del Carmen de Maipú a partir de sus relicarios

María Cecilia de Frutos Díaz del Río ⁽¹⁾,
Pilar Amparo Lozano Navarro ⁽²⁾ y Pamela Consuelo Vergara Allel ⁽³⁾

Resumen: Este proyecto de puesta en valor de objetos devocionales fue realizado entre 2020 y 2021, y consistió en la investigación y registro de la colección de relicarios del Museo del Carmen de Maipú (Santiago de Chile) y en la generación de un dispositivo de auto-mediación para el público del museo. Los relicarios son receptáculos que contienen reliquias, es decir, restos corporales o pequeños fragmentos de pertenencias de santos, de la Virgen o del mismo Cristo; y este conjunto en particular corresponde a la tipología “medallón relicario”, joyas devocionales de enorme riqueza ornamental. Son 25 piezas que conforman un grupo muy original e inédito dentro del contexto museográfico nacional, sin embargo, sólo 15 de ellos eran parte de una muestra permanente en la sala “Chile desde la Colonia al siglo XIX”, dentro de una pequeña vitrina, sin información acerca de su origen ni contenido, y alejado del circuito principal del museo. Los otros 10 relicarios están guardados en depósito.

Con el propósito de poner en valor este conjunto, se realizó un registro fotográfico y fichas de documentación difundidas por medio de la plataforma SURDOC.

En segundo lugar, se definió como concepto clave la idea “hacer grande lo pequeño” para visibilizar esta colección en su contexto museográfico, para lo cual se diseñó y se puso a disposición del museo el cuadernillo “Bitácora del Visitante”, donde se analizan los relicarios desde una mirada artística, devocional y femenina, promoviendo un recorrido auto guiado vinculándolos con otros objetos del museo. Este dispositivo permite al público de una experiencia significativa y ha logrado transformarse en un modelo replicable para intervenir otras colecciones.

Palabras clave: Devoción - Relicarios - Mirada femenina - Museografía - Diseño - Mediación

[Resúmenes en inglés y portugués en las páginas 249-250]

⁽¹⁾ **María Cecilia de Frutos Díaz del Río** es Licenciada en Historia y periodista titulada de la Universidad Gabriela Mistral (2001); Master en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural de la Universidad de los Andes (2021). Hizo su práctica profesional en la revista VD de El Mercurio y a partir de ese momento ha desarrollado toda su carrera periodística en la misma revista, en donde se ha especializado en la elaboración de reportajes sobre temas de arquitectura, diseño, decoración, arte y patrimonio; entrevistas, perfiles y catálogos de productos. Durante estos 20 años también se ha desempeñado en la organización de ferias

como Jardinera VD, producción fotográfica y edición de textos periodísticos. Actualmente es socia activa de la Corporación Cultural CICOP Chile (Centro Internacional para la Conservación del Patrimonio). ceciliadefrutos@icloud.com

⁽²⁾ **Pilar Amparo Lozano Navarro**, es Arquitecta de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) (2000), Postítulo en Arquitectura del paisaje PUC (2001) y Master en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural de la Universidad de Los Andes (2021). Su trabajo profesional se ha desarrollado en oficina privada, CoPaisajismo, de la que fue socia. Por 20 años se ha dedicado al diseño y construcción de espacios públicos, parques, áreas deportivas y en el de parques privados junto a inmobiliarias y oficinas de arquitectura nacionales e internacionales. Además de múltiples concursos y planes maestros. En el ámbito académico por más de 20 años ha sido docente de pre y post grado, primero en la escuela de Arquitectura de la PUC y actualmente en la Universidad del Desarrollo, como profesora titular de taller del área de Arquitectura del paisaje y Urbanismo, consejos de carrera, profesora guía y de especialidades de Paisajismo, Urbanismo y Patrimonio.

Además, ha hecho asesorías de paisajismo y participado en el levantamiento y catastro de parques patrimoniales para gestionar su declaratoria de monumento nacional. Actualmente es la presidenta de la Asociación chilena de Arquitectos Paisajistas, ICHAP, la que es parte de IFLA (International Federation of Landscape architects).

⁽³⁾ **Pamela Consuelo Vergara Allel**, con más de 18 años de experiencia en la Fundación Belén Educa ha ocupado roles clave, incluyendo el de jefa de Área de Artes Visuales y forma parte del equipo motor de Aprendizaje Basado en Proyectos ABP. Su enfoque se ha centrado en el diseño de programas educativos, gestión de convenios con instituciones culturales y liderazgo en el desarrollo profesional docente. Como Asesora Académica, ha contribuido al diseño de programas actualizados, implementando políticas de educación artística y gestionando programas culturales. En su papel como jefa de Área de Artes Visuales, se dedica al desarrollo y mejora de prácticas docentes, diseño de ambientes de aprendizaje e integración de habilidades específicas en la asignatura de Artes Visuales. Ha liderado proyectos académicos, como exposiciones, investigaciones y presentaciones a la comunidad escolar y universitaria. Con una formación académica que incluye títulos como Licenciada en Artes de la Universidad de Chile, Licenciada en Educación y Profesora de Artes Plásticas de la Pontificia Universidad Católica de Chile, así como un Magíster en Historia y Gestión del Patrimonio Cultural de la Universidad de Los Andes, ha participado activamente en diversos talleres, seminarios y cursos de perfeccionamiento en educación, artes y patrimonio. Pilarlozano.paisajismo@gmail.com; Plozano@udd.cl

Introducción

“Nueva experiencia para el visitante del Museo del Carmen de Maipú a partir de su colección de relicarios” es una investigación que abordó la colección de 25 medallones relicarios del Museo del Carmen de Maipú (MCM), objetos devocionales de uso personal asociados a la fe y culto por las reliquias. Es un conjunto inédito y original dentro del contexto museográfico nacional por la diversidad de estilos, devociones y orígenes de las piezas que lo componen, que nunca había sido estudiado de manera integral.

Al inicio de la investigación sólo 15 de estos pequeños objetos se encontraba en exposición sin ofrecer al público información sobre su origen ni contenido, dentro de una vitrina ubicada en un espacio alejado del circuito principal, con poca visibilidad y descontextualizados con respecto a piezas cercanas como pinturas, imaginería y otros objetos religiosos. Ante esta situación, donde contrasta “lo pequeño *versus* lo grande”, se planteó la necesidad de un estudio que consolidara fichas, respaldo fotográfico y estrategias de mediación.

Se presentó el desafío de generar un primer y esencial aporte consolidando las fichas de registro y documentación de cada objeto, en su dimensión histórica, simbólica y técnica, de manera de obtener información que se tradujera en un referente para el museo y base para futuras exposiciones o investigaciones.

El análisis del espacio museográfico de la institución ofreció el reto de generar propuestas de mediación que permitieran que los públicos se transformen en visitantes activos, apropiándose de la muestra independientemente de su capital cultural y rango etario. Para esto, se realizaron estrategias para vincular a los relicarios con otros objetos del museo, logrando mayor dinamismo e interacción entre distintas colecciones.

Antecedentes

1. El Museo del Carmen de Maipú (MCM)

El MCM se ubica en la comuna de Maipú, Región Metropolitana, específicamente en el ala norte del edificio que acoge al Templo Votivo de Maipú, en un espacio que había sido concebido como una cripta. Fue inaugurado en 1956 por orden del Cardenal José María Caro, bajo el alero de la Corporación Voto Nacional de O’Higgins, con el propósito de cumplir una misión educativa, social y cultural, cuidando y difundiendo parte de la memoria histórica del país a través de sus colecciones. Es parte de la Red Colonial de Museos y desde 2018 integra el sistema SURDOC del Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales CDBP.

Su público objetivo está compuesto por escolares, docentes, adultos mayores y agrupaciones de la comuna, junto a otro especializado en temáticas como Historia, Arte y Religión. Cuenta con 2.800 objetos agrupados por colecciones, constituyéndose en uno de los museos más importantes de la región que dan cuenta del paso desde la Colonia a la República.

Ofrece un importante recorrido por el patrimonio nacional, además de exhibir una relevante colección religiosa y devocional.

Al momento del desarrollo del proyecto, el museo presentaba una museografía enfocada en la exposición de objetos sin inducir a la interacción entre el visitante y la muestra. No se observaban fichas interactivas, las cédulas no eran las adecuadas, incluso inexistentes en algunas piezas, y sus espacios lúdicos se concentraban en la Zona Interactiva Mustakis, creada en 2018.

2. Colección de Relicarios del MCM

Los 25 relicarios que pertenecen a la colección del MCM corresponden a objetos religiosos de uso personal y devocional del tipo medallones. Si bien estaban clasificados según algunas características y cualidades físicas, sus fichas de registro originales carecían de información detallada acerca de su contenido, origen o procedencia.

Del total, 15 de ellos se encuentran en exhibición en la Sala 3 “Chile desde la Colonia al siglo XIX”, los otros 10 permanecen en depósito. En cuanto a la protección patrimonial de esta colección, no posee ninguna, pero el edificio donde se ubica el MCM, el Templo Votivo de Maipú, es Monumento Histórico.

La colección está expuesta en un pasillo perimetral y dentro de una pequeña vitrina (*Ver Figuras 1 y 2*) que mezcla objetos similares en imagen y tamaño, como medallas y cruces, lo que dificulta su diferenciación y entendimiento. Ante esta confusión, principalmente entre medallas y medallones relicarios, durante la investigación se resolvió separarlos como objetos que poseen un medio distinto de expresión de la fe: los primeros ocupan la “imágenes” como vehículo, en cambio los relicarios poseen una información compleja, que apela al acto de fe del portador del objeto y un mayor conocimiento del contenido.

En cuanto a su fecha de fabricación, no hay data exacta, pero por sus estilos y estado de conservación se estima que podrían haber sido elaborados entre los siglos XVIII y XIX. Sin embargo, su uso como objetos devocionales personales en el mundo cristiano comenzó varios siglos antes.



Figura 1. Pasillo donde se encuentra la vitrina de relicarios y la vitrina actual.

Los tamaños de estos medallones relicarios van desde los 2x2cm hasta 8x11cm aproximadamente, principalmente ovales y redondos, con marcos y armazones e interiores compuestos por fondos de tela y detalles elaborados a mano con hilos, metal y papel. Con respecto a la autoría de estos objetos, el MCM los define como desconocidos, y tal como muchas de las piezas religiosas y devocionales, probablemente fueron diseñadas y fabricadas por monjas o artesanos anónimos.

La historiadora Josefina Schenke (2009), en su tesis doctoral, menciona que es posible que fueran artesanos calificados que viajaran realizando encargos o que vivían en Santiago. Gran parte de la producción artística en América desde mediados del siglo XVIII se vinculó a los Jesuitas ya que ellos contaban con talleres en los que se desarrollaban diversos oficios, como escultura, joyería, carpintería fina, entre otros.

Sin embargo, en esta colección del MCM, luego de identificar los santos a los que pertenecen los restos, el tipo de orfebrería y los estilos que muestran, se estima que la mayoría de ellos tienen origen europeo y, probablemente, intervenidos por sus propietarios ya que, por ser objetos de uso privado, con categoría de joya, pasaban de generación en generación dentro de las familias, como se ve en testamentos estudiados por Schenke (2009).

3. Mirada Histórica

3.1. Origen del Relicario

El término relicario designa al receptáculo que contiene reliquias, es decir, restos corporales de los santos, así como objetos que estuvieron en su contacto. Desde los inicios del cristianismo existe el culto a las reliquias, el padecimiento sufrido por los mártires y el deseo de recordarlos motivó la aspiración de querer estar en contacto con partes de sus cuerpos o con lo que había pertenecido a ellos, esto es porque “se les considera como un

fragmento donde habitó Dios y son, en síntesis, un punto de contacto con lo divino” (Sánchez, 2004, p. 21).

En cuanto al orden de importancia, se consideraban en primer lugar los que guardaban objetos que habían tenido relación con Cristo (Santa Cruz o Lignum Crucis, cáliz, lanza, corona de espinas, entre otras), luego con los apóstoles y, en tercer lugar, los santos. Según los autores Francisco Alfaro y Carolina Naya (2019, p. 25), las reliquias se consideraban verdaderos trofeos que evocaban la memoria de quienes habían derramado su propia sangre por la fe, su presencia sacralizaba los espacios que las custodiaban y fueron un elemento imprescindible en la configuración litúrgica y devocional del templo cristiano casi desde sus orígenes.

La presencia de los relicarios en el arte religioso fue común en las iglesias desde el siglo IV, principalmente desde que el emperador Constantino reconoce a la nueva religión con sus santos y mártires (Alfaro y Naya, 2019, p. 96). Desde ese momento, con la Paz de Constantino se consolidan dos maneras de obtener reliquias, por un lado, serán las catacumbas una gran fuente de extracción de ellas y la otra el descubrimiento o “*inventio*” de reliquias localizadas principalmente de forma milagrosa con su consecuente “*translatio*” o traslado a una iglesia para tributarle culto (Sánchez, 2004).

Con la evolución del culto a las reliquias, durante la Edad Media se propagaron una serie de prácticas devocionales porque para los creyentes, cada vestigio, por más pequeño que fuera, tenía tanta virtud y poder milagroso como si se estuviera en presencia de Dios o del santo mismo.

Era un culto con sentido místico y había una necesidad imperiosa de contar con las reliquias tanto para consagrar las iglesias como para fortalecer la devoción personal. Para esta última se difundieron durante el siglo X otros objetos de piedad personalizados como los relicarios privados que parecían pequeñas capillas o contenedores, de los cuales muchos eran portables como accesorio personal (Ariès y DUBY, 2001, p. 548), lo que muestra la evolución de los receptáculos de reliquias desde grandes elementos ornamentales a pequeñas joyas devocionales.

Este fervor religioso generalizado propició a su vez peregrinaciones hacia Oriente buscando restos y traerlos hacia sus templos y casas. Ese fue el comienzo de la sacralización del continente europeo a través de las reliquias de los santos, y las Cruzadas facilitaron su acceso (Sánchez, 2004, p. 25). El siglo XIII fue uno de los más activos, aumentando al mismo tiempo el tráfico y el fraude de reliquias, lo que hizo necesaria su regulación. El Concilio de Letrán, en 1215 abordó el tema, exigiendo certificado de autenticidad y control del comercio de reliquias.

En el siglo XVI se expresan fuertes críticas a la Iglesia Católica lideradas por los reformistas Martín Lutero y Juan Calvino, quienes dan origen al movimiento protestante. Denunciaban los vicios y malas prácticas del clero, pero también la falsificación de reliquias y la degradación de su uso. Lutero hizo públicas sus opiniones a través de sus noventa y cinco tesis, criticando con dureza el culto a las reliquias por ser considerado una idolatría (Ibáñez y Criado, 2011, p. 104).

La Iglesia reaccionó con una Contrarreforma que implicaba una férrea defensa al culto a los santos, a sus imágenes y reliquias a través de un decreto establecido durante el Concilio de Trento (Schenke, 2009, p. 90) en 1563, renovando el interés de los fieles por los restos

santos. La reliquia se vio respaldada por la institución y se irguió como elemento esencial para la consagración de cualquier iglesia. Esto, porque el santo mártir es considerado como alguien que sacrificó su vida, y por ese acto se une al martirio de Cristo, con el cual se revitaliza su presencia entre los fieles y su “potencia” o capacidad para manifestar el poder de Dios, se manifiesta a través de los milagros hechos por medio de ellas y de su poder taumatúrgico (Sánchez, 2004, p. 22).

Las reliquias son validadas por la Iglesia Católica y, por lo tanto, los relicarios debían ser dignos contenedores de esos vestigios de santos, “además de preservarlos de la corrupción y de garantizar tanto su autenticidad como su integridad, debían hacerlas atractivas a los sentidos atendiendo a su sacralizada condición, lo que explicaría su riqueza exterior, ya fuese real o fingida” (Sánchez, 2004, p.107). En estos objetos se unía lo divino y lo humano, y las maneras en que se expresaron artísticamente fueron muy variadas, desde finos cofres, urnas y estatuas, hasta bustos, brazos y pequeños medallones.

3.2. Medallón Relicario

El medallón es un objeto generalmente de metal, redondo u ovalado, que exhibe una inscripción, figura o símbolo. Suelen llevarse colgadas del cuello o como prendedores en la ropa. Los pueblos antiguos los utilizaban con significados religiosos o simbólicos, en la actualidad, su uso está mayormente vinculado a lo estético o afectivo, albergando en su interior fotografías familiares, pelo u otros recuerdos.

A diferencia de los relicarios que tradicionalmente estaban expuestos en iglesias, como grandes cofres finamente decorados, utilizados en procesiones para ser venerados por los feligreses de una comunidad o devotos de un santo en particular, el medallón relicario es un contenedor portable, pequeño y de uso personal. Algunos fueron incluso usados como remate de rosarios, a los que se llamaba “Sotorosarios” (Ministerio de Educación Cultura y Deporte MECD, 2015, p. 36), prendedores o simplemente colgantes.

Los medallones relicarios pueden ser confundidos con aquellos que son sólo devocionales, es decir, los que poseen imágenes de santos, Cristo o la Virgen, por lo tanto, su medio de evangelización es iconográfica. A diferencia de los que sí contienen reliquias, con la inscripción que denomina al santo en cuestión, donde es el acto de fe el que los eleva a una categoría devocional.

Sus orígenes se encuentran en el siglo IV, en los llamados *encolpium*, pequeños vasos de cristal de roca o medallones grabados con textos sagrados o imaginería que se colgaban al cuello los peregrinos y que contenían aceites de las lámparas de los lugares santos o trozos de tela mojada con sangre de los mártires (MECD, 2015, p. 334).

Otra tesis habla de que “la medalla-relicario sirve de objeto taumatúrgico que se lleva al pecho como una protección [...] sirviendo como soporte de oración y reflexión personal” (Schenke, 2015, p. 93).

Los medallones relicarios de la colección del MCM se pueden calificar de joyas, piezas finamente decoradas (Ver Figura 2).



Figura 2.
Vitrina del MCM
que exhibe
medallones,
cruces y
relicarios.

3.3. Las Reliquias en Chile

Para entender cómo llegan a Chile las reliquias y sus joyas contenedoras, se necesita visualizar cómo era esta Capitanía General hacia fines de la Colonia y el primer siglo de la República. Como explica Schenke (2019), el territorio se encontraba en una tensión centro-periferia, donde Santiago aparecía como una ciudad alejada de los centros de poder con un fuerte carácter rural.

Es por ese contexto y la escasa producción de imaginería religiosa o de importantes objetos artísticos, que Chile era abastecido desde Perú y Cuzco, pero será Europa la principal fuente de objetos devocionales durante los primeros siglos de la Colonia, principalmente con la llegada de autoridades eclesiásticas o altos funcionarios administrativos, sin embargo, es casi imposible obtener fechas exactas de elaboración por lo que serán los estilos artísticos y su manufactura los que pueden dar luces de su origen o época.

Aunque las órdenes religiosas eran las que, generalmente, distribuían o exponían en sus iglesias y monasterios de América las santas reliquias que les permitían consolidar su proceso evangelizador, en Chile, durante la Colonia es escasa la información y se documentan principalmente *Lignum Crucis*, o astillas de la Santa Cruz, solo la reliquia de la Veracruz de la cofradía agustina aparece nombrada durante la época. Se les encuentra principalmente en inventarios domésticos, en altares de cofradías y en las iglesias de las agustinas y franciscanas, como parte de las propiedades de la sacristía. En cuanto al ámbito doméstico, las descripciones suelen obviar el contenido destacando siempre al contenedor como pieza artística, información que por lo general es encontrada en tasaciones e inventarios privados (Schenke, 2019).

Según describe la historiadora chilena Paulina Zamorano (2009) en su tesis doctoral, los Franciscanos, Jesuitas y Dominicos fueron importantes difusores de los usos, modelos y beneficios de las reliquias y las cruces. Asegura también que para que una reliquia pudiera ser portada se debía tener los permisos de una autoridad eclesiástica, lo que la mayoría de los relicarios no exhibían, a excepción de los relicarios romanos que traían su lacre de

autenticidad. También explica que las importaciones de reliquias realizadas por los obispos de Santiago mostrarían la práctica de ser obsequiadas y de este modo autorizar su uso público a cambio de algún patronazgo o donación del devoto.

En conversaciones con Josefina Schenke se explica que será durante el siglo XIX que aparecerán las reliquias y las joyas devocionales como una manera expresión de fe durante la República. Los viajes a Europa, el vuelco de un Chile que mira a Francia y otras centralidades artísticas influirán en la adquisición de objetos de carácter religioso y de uso personal, siempre dentro de un ámbito privado.

4. Mirada Devocional

4.1. Protección

Por siglos, la muerte ha sido un ámbito en el que se unen sentimientos de miedo, esperanza y curiosidad, pero si a esa experiencia se le agrega una relación estrecha con el cuerpo inerte, se convierte en una sensibilidad que es difícil de juzgar y que ha variado con el paso de los siglos. Así como señala el historiador francés Philippe Ariès, entre los siglos V y XVIII existió una familiaridad sobre este tema y surgió lo que él denomina la “muerte domada”, que no es sino la coexistencia entre los vivos y los muertos (Sánchez, 2003, p. 7). El culto a las reliquias o restos de cuerpos santos es una de las áreas más controvertidas de la historia del cristianismo. Se fue transformando a través del tiempo, consolidándose y ayudando a evangelizar territorios alejados que, a pesar de no ser iconográficamente sencillos de asimilar –a diferencia de impresionantes, coloridas y didácticas pinturas que plagaban capillas y recintos cristianos–, los feligreses las admitían como parte del repertorio misionero.

Es importante reforzar el concepto evangelizador de imágenes y objetos sagrados, ya que ante una población por siglos analfabeta y luego frente a la empresa colonizadora, la Iglesia supo ocuparlas como un vehículo de fácil comprensión, muchas veces mezclando supersticiones y creencias locales para crear conexiones entre el mundo terrenal y el divino.

El culto es un concepto que se asocia a toda expresión de fervor y fe religiosa, pero específicamente “dentro del contexto cristiano existen tres tipos de cultos: latría (a Dios en las tres personas de la Santísima Trinidad); dulía (veneración hacia los ángeles, santos y beatos, como ejemplos de vida, intermediarios y benefactores); e hiperdulía (culto a la Virgen María), (Alfaro y Naya, 2019, p. 210), por lo que en el universo de las reliquias podríamos encontrar cultos en todas sus tipologías, siendo las más masivas las asociadas a los santos y mártires con sus respectivos dones curadores o protectores.

Durante siglos, la única manera de enfrentar enfermedades y grandes catástrofes fue rezando o invocando a santos con capacidades para combatirlos, ante esto, se volvió relevante y casi obligatorio, por respeto y veneración, otorgarles a estos restos sagrados un contenedor digno (Alfaro y Naya, 2018, p. 25).

La protección era agradecida y retribuida a través de relicarios de diversas tipologías, ricamente decorados y ornamentados. Como joyas devocionales presentaban variadas temáticas y niveles de protección, según la categoría de la reliquia contenida, por ejemplo, si estaban relacionadas al Sagrado Corazón o a la Pasión de Cristo, o si pertenecían a un

santo particularmente sanador. A esto se agregaba que ciertos materiales incorruptibles, como el oro, les entregaba poderes extra y propiedades mágicas.

Otra relación entre los medallones relicarios y su función protectora se expresa en los conocidos “Detentes” (Alfaro y Naya, 2019, p. 229), que se generalizaron como emblema en el escudo del Sagrado Corazón de Jesús, a modo de freno o barrera contra el mal.

Otro relicario asociado a un poder específico es el de la devoción a San Vito (*Ver Figuras 3 y 4*), reconocido como santo protector de los niños y de los que padecen epilepsia. Se le conoce como Santo Protector San Vito de Lucania, porque desde muy niño curaba enfermedades. Es invocado para proteger de las convulsiones, enfermedades en general, y como santo auxiliador¹.

En cuanto a la protección atribuida a los medallones relicarios, en la colección del MCM se observa uno muy especial que contiene una oración que aparta del mal, escrito en latín, formando un círculo que rodea las astillas de la Cruz. Es el caso del relicario (*Ver Figura 4*) numerado como R-07-0057:

Ecce Lignum Sancta Crucis Fugite partes adversae, que se traduce como: He aquí la Cruz del Señor, huid todos mis enemigos².

En definitiva, este elemento defensor, estrechamente ligado al mundo de los milagros, desde los inicios del cristianismo, se ve reflejada en la creencia de que los santos eran intermedios entre Dios y los hombres, capaces de realizar curaciones o ahuyentar males.



3



4

Figura 3.
Relicario San Vito.
Figura 4.
Relicario protector
Lignum Crucis y
oración protectora
contra el mal
(Colección MCM).

4.2. Clasificación de Reliquias

Entre las diversas tipologías de reliquias, una de las más comunes las cataloga según su nivel de cercanía al santo o mártir. Se necesita recalcar que se habla de santos, diferenciados de Cristo y la Virgen como veneraciones especiales en cuanto “Aquel es el único verdaderamente Santo y María la Toda Santa, por lo que toda reliquia vinculada a ambos

se podría aplicar como las reliquias de la Pasión” (Alfaro y Naya, 2019, p. 34), por lo tanto, estos últimos no necesitarían certificación.

Entre las reliquias de la Pasión destacan los clavos y espinas, pero principalmente la Vera Cruz o también llamada *Lignum Crucis*, estas reliquias se sustentan en el hecho de haber estado en contacto con el cuerpo de Cristo, lo que les infunde sacralidad conectada a la Pasión y la redención (Alfaro y Naya, 2018, p. 99).

Otra categorización distingue a las reliquias en tres grados:

- 1º grado: un fragmento del cuerpo de un santo o persona tenida por tal sin estar aún canonizada.
- 2º grado: un fragmento de su vestimenta o de algún objeto utilizado por el (presunto) santo o asociado a su martirio.
- 3º grado: cualquier objeto que haya tocado alguna de primer grado o la tumba del santo. (Alfaro y Naya, 2018, p. 34).

A diferencia de la clasificación anterior, la historiadora mexicana Gabriela Sánchez Reyes las define como:

- REALES, que comprenden las osamentas de los santos, y que a su vez se subdividen de acuerdo con el tamaño de la reliquia:
- INSIGNES, que son los fragmentos de la Santa Cruz, así como los instrumentos de la Pasión de Cristo. Se considera también como tal el cuerpo entero de un santo, ya sea una parte de grandes dimensiones como la cabeza, un brazo, o cualquier parte que haya sufrido el martirio.
- NOTABLES, que designan a los huesos más pequeños como los de las manos y pies.
- EXIGUAS, aquellos restos de menores dimensiones como dientes, una falange o vértebras (Sánchez, 2003, p. 32).

Otra clasificación explicada por Sánchez (2003) es aquella que las define como indirectas o por contacto, las que se obtienen gracias a la relación directa establecida entre una prenda y el cuerpo de un santo. Este tipo de reliquias fue favorecido por el Papa San Gregorio Magno en el siglo VI, con el propósito de impedir el despedazamiento de los cuerpos de los santos en sus tumbas.

Por último, una cuarta clasificación de Sánchez (2003) la define por el nivel de relevancia y tamaño de la reliquia:

- 1ª Clase: son los cuerpos completos de los santos o alguna extremidad, cenizas o huesos.
- 2ª Clase: corresponden a los objetos que estuvieron en contacto con los santos como los objetos del martirio, ropa u objetos de uso personal.
- 3ª Clase: son pequeños fragmentos de tela que estuvieron en contacto con cuerpos santos.

En cuanto a todas estas categorías, las más comunes en la colección del MCM, son las de contacto, insignes y exiguas. En la colección investigada se pueden categorizar los medallones en las siguientes tipologías: Reliquias Insignes del tipo *Lignum Crucis*: 5 unidades

(Ver Figura 5); Reliquias Exiguas: 18 relicarios (Ver Figura 6); Reliquias de Contacto, se observan dos relicarios (Ver Figura 7), pero se perciben en otros relicarios mezclados con reliquias exiguas.



5

R-02-0003

7

R-20-0086



6

Figura 5.
Medallones relicarios
(Colección MCM).
Figura 6.
Medallones relicarios
(Colección MCM).
Figura 7.
Medallones relicarios
(Colección MCM).

4.3. Órdenes Religiosas en la Colección de Relicarios del MCM

A partir del siglo XVI, a Chile llegaron misioneros de las órdenes Jesuita, Franciscana y Dominicana principalmente, para fortalecer el proceso de evangelización. Pero al revisar las devociones de los 25 relicarios que guarda el MCM, no existe esa proporcionalidad o marcada presencia de santos relacionados con esas espiritualidades: hay cuatro con restos de santos franciscanos, dos con reliquias de dominicos, ninguno jesuita.

En este conjunto se observa una diversidad de santos y mártires de distinto origen, diferentes estilos y épocas plasmadas en la estética de la joya contenedor. Esto hace suponer que esta agrupación de relicarios tiene un origen extranjero y que habría formado parte de una colección, posiblemente donada al MCM por alguna autoridad eclesiástica.